

Revista Chilena de Humanidades, N° 16, 1995, 95-112
Facultad de Filosofía y Humanidades
Universidad de Chile, Santiago, Chile

*"La odisea" y el exilio:
itinerarios del dolor y del saber. **

Miguel Castillo Didier

Universidad de Chile

ABSTRACT

The author of this article discusses the concept of Homer's Odyssey as the itinerary of a man who, overcoming many dangers and temptations, rises above his condition as such and becomes fulfilled. The subject is associated with the exile's experience as a voyage of learning and of pain, as a pilgrimage where the traveler learns through suffering, always willing to return to home and country.

Paradójicamente, mi modesta labor en la lengua española, en la que al parecer se basaron quienes pensaron en mi nombre para integrar esta Academia, nació alrededor de otra lengua y otra literatura. Verdad es que un día ingresé a la Facultad de Filosofía de la Universidad de Chile a estudiar pedagogía en castellano, movido por un intenso interés y amor por la literatura española e

* Discurso de incorporación como miembro de número de la Academia Chilena de la Lengua, pronunciado el 5 de julio de 1993.

hispanoamericana, sentimiento que había contribuido a formar en mí el recordado profesor don Antonio Tagle. Pero allá, en las aulas y jardines del Instituto Pedagógico, hicieron su aparición otra lengua y otra literatura: el idioma griego, las letras helénicas. Dos profesores, don Fotios Malleros y don Roque Esteban Scarpa, me abrieron el camino en el que hallaría luz y belleza a través de tres décadas: me mostraron la senda de Grecia.

Fue el comienzo de una vasta travesía espiritual; de muchos, variados y hasta complicados viajes en espíritu. Travesía por la literatura clásica griega, que, poco a poco, se habría de prolongar por las letras postclásicas, para llegar tiempo después a las modernas. Travesía desde la lengua castellana a la griega, que luego se invertiría, cuando —dejados atrás algunos torpes intentos de traducir a Esquilo y Sófocles— comencé a verter textos escritos en la lengua griega del último milenio. La traducción va a ser una especie de Odisea, un viaje de regreso a la lengua materna, convertida en meta, trayendo como carga belleza recolectada en la peregrinación a través de la lengua fuente; un recorrido semejante al viaje real de quien regresa a la tierra patria con el alma enriquecida con experiencias, con un poco de belleza recogida en el camino.

Antes de proseguir, quisiera pedir excusas por pasar desde el singular de la primera persona al plural. No se trata en absoluto de un «nosotros» mayestático. Se trata exactamente de lo contrario. Siempre al tocar, en forma modesta, el órgano, hemos sentido profundamente el consejo de Albert Schweitzer, en cuanto a que, ante la sublime grandeza del instrumento sagrado, el ejecutante debe borrarse y dejar cualquier sentimiento de vanidad. Y al traducir, hemos tenido siempre la sensación de anonadamiento que produce el encontrarse frente a un monumento de belleza y asumir la inmensa responsabilidad de tratar de darlo a conocer en otra lengua. El traductor se siente tan pequeño como el organista ante el instrumento rey. Y surge la costumbre de utilizar el plural, un nosotros, para borrarse un poco, como el ejecutante ante el instrumento de Juan Sebastián Bach. Permítasenos, pues este nosotros.

Nuestra vocación por la labor de traducir se relaciona estrechamente con el viaje de los viajes, con la travesía de Ulises, allá en el amanecer de la Hélade y su luz clásica. Conocimos al personaje en el alba de nuestros estudios, cuando un griego, peregrino llegado a Chile desde una tierra devastada por la guerra, nos inició en la travesía hacia la lengua griega. Ese romero fue don Fotios Malleros Kasimatis ⁽¹⁾, a quien debemos inexpresable gratitud.

⁽¹⁾ Nacido en Atenas en 1914, don Fotios Malleros se graduó como filólogo e historiador en la Universidad de su ciudad natal. Llegó a Chile en 1947 y en 1948 se incorporó a la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile, donde trabajó durante 38 años. Impulsó el renacimiento de los estudios clásicos y creó los estudios griegos medievales y modernos, fundando el Centro de Estudios Bizantinos y Neohelénicos en 1968.

Nuestra vocación está ligada al curso de griego que él impartía y al de literatura general que don Roque Esteban Scarpa y el mismo don Fotios daban por aquellos años y que estuvo dedicado a la epopeya y la tragedia griegas cuando tuvimos el privilegio de asistir a esas clases. E igualmente está ligada esta vocación al recuerdo de nuestro padre, Francisco Castillo Moreno, callado estudioso, amante apasionado de la justicia y de las lenguas, quien puso en nuestras manos un libro que sería decisivo: *Cristo de nuevo crucificado* de Nikos Kazantzakis. Esta obra y tres poemas de Kavafis que conocimos durante una conferencia de don Jorge Razís, Vicecónsul de Grecia en Valparaíso, a quien también debemos profunda gratitud, convirtieron en decisión el anhelo de emprender el viaje hacia la lengua moderna, para más tarde tratar de traer desde ella algunos de los tesoros de una literatura por entonces casi totalmente desconocida en nuestro idioma. Razonamos, pensando que ni esa novela podía ser la única creación de Kazantzakis, ni esos poemas serían los únicos de Kavafis y que ni ese novelista, ni ese poeta, podían ser figuras aisladas, sino que tras ellos habría otras obras y otros autores: una literatura, un mundo espiritual, toda una cultura griega moderna. El profesor Alejandro Zorbas, que más tarde sería director del Centro de Estudios Bizantinos y Neohelénicos, apoyó nuestra decisión.

Los primeros versos de un poema de Kavafis, que después se haría muy conocido, guiaron nuestra determinación:

Cuando salgas en el viaje hacia Itaca
desea que el camino sea largo,
pleno de aventuras, pleno de conocimientos...

Esta sería una odisea espiritual en busca de la lengua de Ulises, transformada a través de los milenios, en una admirable continuidad. Algunos de los primeros libros que nos introdujeron a este idioma los puso en nuestra manos don Gabriel Mustakis, Cónsul General de Grecia y Agregado Cultural, a quien también expresamos profunda gratitud.

Como decíamos, encontramos a Odiseo en el alba de nuestros estudios. En la *Ilíada* lo conocimos como un guerrero duro, el hombre de las muchas tretas y recursos, el polytropos Odysseus. Era el guerrero a quien la leyenda inmortalizó como el autor de la estratagema con que los aqueos lograron hacer caer la sagrada ciudad de Troya. Pero otro poema, la *Odisea*, y otro aspecto de la tradición, nos mostraron un personaje diferente. Odiseo es el hombre que lucha y sufre por volver a la patria y al hogar; es el esposo y padre que en la lejanía y la adversidad comprende su destino; es el varón que busca la verdad de la existencia humana a través de dos décadas de penalidades; es el mitoclasta, el destructor de mitos, el ser humano capaz de enfrentarse a dioses y monstruos hostiles; es aquél que vence una tras otra las ten-

taciones, que bajo los nombres de Circe, las Sirenas, Calipso, Nausícaa, buscan alejarlo de su ruta, hacerlo perder su condición humana y rebajarlo al nivel animal, o elevarlo al plano de los inmortales, o simplemente ofrecerle un hermoso y plácido nuevo hogar.

Kazantzakis ha evocado el instante en que Odiseo recobra poco a poco la memoria de su condición mortal, al reconocer como remo un madero arrojado por el mar, en la tierra de Calipso. Entonces se pone a construir la balsa que le permitirá continuar su viaje. El canto de la diosa que lo ama desgarró su alma, pero él ya ha recuperado la conciencia de su condición humana y del destino de su peregrinaje. Con las lágrimas que retornan a sus ojos, su corazón vuelve a ser humano.

Su canto rompe la piedra y se parte mi pecho:

«¡Calla, corazón mío! Ya lo sé. Mas mi mente hacia otro lugar apunta».
Y cuando, ya lejos, avanzaba cual saeta entre las olas del espumoso mar
y el dolorido canto se perdió en la bruma del crepúsculo,
poco a poco la balsa se puso más pesada y se ladeaba:
las sombras la aplastaban: se cargó de esposa y de hijo y de patria,
y libre dejé a mi corazón de conducirse a su agrado,
¡y éste estalló en amargo llanto y otra vez se volvió humano!»⁽²⁾.

Al vencer hostilidades, tentaciones, tempestades y peligros, Ulises ha impuesto su razón, su amor, sus anhelos, su decisión; ha conservado, reafirmado, ampliado y enriquecido su espíritu, y así llega finalmente a la patria y al hogar. Esta es la concepción que puede desprenderse de la *Odisea* homérica: es el itinerario de un hombre que salva su condición de tal y la lleva a la plenitud. Con este pensamiento, el filólogo colombiano Oscar Gerardo Ramos ha podido calificar al poema como «un itinerario humano»⁽³⁾.

Pero ya en la Antigüedad se había puesto en duda el cumplimiento de la profecía de Tiresias, cuya sombra había dicho al peregrino, cuando a éste le fue concedido bajar vivo al mundo de los muertos: «Te vendrá más adelante y lejos del mar una muy suave muerte, que te quitará la vida cuando ya estés abrumado por placentera vejez»⁽⁴⁾. Plinio había acogido la leyenda de una nueva salida de Odiseo desde Itaca. Otra tradición pretendía que el héroe había muerto a manos de Telégono, hijo suyo y de Circe. Y Petronio ha-

⁽²⁾ Kazantzakis, Nikos: *Odisea*, II, 1829.

⁽³⁾ Ramos, Oscar Gerardo: *La Odisea, un itinerario humano*, Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, 1970.

⁽⁴⁾ Homero: *Odisea*, XI, 134 y s.

bía utilizado el motivo del viaje como fuente de conocimientos y experiencias. En su *Exhortatio ad Ulysses* se dirige al joven Odiseo: «*Linque tuas sedes, alienaque littora quaere, o iuuenis!*»:

«Deja tus moradas y costas extranjeras busca,
¡oh joven! Nace para ti una serie mayor de acontecimientos.
No sucumbas al mal: te ha de renovar el Danubio extremo,
el bóreas helado, los tranquilos reinos del Egipto
que ven al sol levantarse y descender.
Y más grande que descienda Ulises en playas lejanas.»

Quince siglos después, Du Bellay, en los primeros versos del soneto XXXI de sus *Regrets*, retomó brevemente aquel motivo: «*Heureux qui, comme Ulysse, a fait un bon voyage...*»

«¡Dichoso el que, como Ulises, hizo un bello viaje,
y después regresó lleno de experiencia y sabiduría
a vivir entre los suyos el resto de su edad!»

Estos versos y su simbología no suponen viaje del personaje antiguo. Tenemos que retroceder desde el siglo XVI hasta comienzos del XIV para hallar en Dante al Odiseo de la segunda travesía. El poeta desterrado coloca en el infierno al héroe peregrino, castigando así lo que la Edad Media considera avidez soberbia de conocimientos y aventuras. Cuando Virgilio y Dante se acercan al héroe, atormentado por la llama bífida, y lo interrogan, escuchan estas palabras:

«Ni las dulzuras de mi hijo, ni la piedad debida a un padre anciano, ni el mutuo amor que debía hacer dichosa a Penélope, pudieron vencer el ardiente deseo que yo tenía de conocer el mundo, los vicios y las virtudes de los humanos; sino que me lancé por el abierto mar sólo con un navío y con los pocos compañeros que nunca me abandonaron. Vi una y otra costa, hasta España, hasta Marruecos y la isla de Sardos y las demás que baña en torno aquel mismo mar... Llegamos a la estrecha embocadura donde Hércules fijó sus límites para que hombre alguno pasase más allá... Oh hermanos míos, les dije, que por entre mil peligros habéis llegado a occidente, no neguéis a este breve gozo de vuestro sentido que os resta, el intento de encaminaros hacia el oriente, hacia el mundo deshabitado...»⁽⁵⁾.

El nuevo viaje de Ulises es un aspecto de su peregrinación a través de siglos de poesía. El viajero de hace tres milenios ha seguido errando en versos

⁽⁵⁾ Dante: *Divina Comedia*, Infierno, XXVI, 94 y s.

de poetas de variadas épocas y latitudes. Un estudioso inglés, el profesor Standford, ha tratado de seguirlo por su ruta secular en un volumen nada breve: *The Ulysses' Theme* ⁽⁶⁾. La materia justificaría todo un curso. Pero aquí quisiéramos referirnos a algunas apariciones modernas del gran vagabundo, precisamente a unas que no alcanzó a estudiar Standford. Será una excepción el caso de la *Odisea* de Kazantzakis, que sí es examinada en aquel libro.

Este poema, de 33.333 versos decaheptasílabos, comenzado a comienzos de la década del 20 y terminado en 1938, tiene por personaje central a un Odiseo cuyas raíces se remontan al de Dante y al de Tennyson. El afán de conocimientos y aventuras como motivador de un segundo viaje de Odiseo lo encontró Kazantzakis en la *Divina Comedia*, elemento que también se muestra en el monólogo del personaje que nos presenta Tennyson a mediados del siglo pasado. Aquí Ulises quisiera perseguir el conocimiento que «cual errática estrella, está por sobre el recóndito linde de la humana sapiencia». Surge también en el monólogo de Odiseo la idea de la estrechez del hogar y de la isla y de la indiferencia y hasta hostilidad que comienza a mostrar el pueblo itacense hacia su rey, como asimismo la noción del cambio que la experiencia produce en la persona: «Una parte soy de todo lo que he hallado», expresa el héroe ⁽⁷⁾.

Acaso al leer el poema de Tennyson, un Kavafis a fines del siglo pasado y un Kazantzakis a comienzos del actual, se sintieron con sus almas «hinchidas de confusos anhelos y sentimientos», como sintió la suya don Miguel de Unamuno al recorrer esos versos en 1918, según lo relata en el artículo «El último viaje de Ulises».

A Kazantzakis (1883-1957), el personaje homérico lo apasionó desde la infancia. Odiseo estará presente en su vida y en su obra hasta el final. Conmovedoras páginas le dedica en su último libro, *Carta al Greco*, especie de cuenta de su paso por la tierra que da a su ilustre compatriota y coterráneo. En 1914, mientras vive ascéticos días de reflexión en un monasterio del Monte Athos, medita sobre el pasaje de Dante que hemos recordado ⁽⁸⁾. En 1921, publica en la revista *Nueva Vida* de Alejandría la tragedia Odiseo, en la que puede observarse cierta influencia del drama homónimo de Gerard Hauptman. Cuando en 1922 aparece el *Ulises* de Joyce, la nueva *Odisea* del escritor griego es sólo un proyecto, un conjunto de notas y algunos versos. Dos años después se publicarán

⁽⁶⁾ Standford, W.B.: *The Ulysses' Theme*, Basil Blackwell, Oxford, 1963.

⁽⁷⁾ Una traducción del *Ulises* de Tennyson en O.G. Ramos, op. cit., 169-171. Sobre el «monólogo dramático»: Ph. Drew: «Tennyson and the Dramatic Monologue», en Tennyson Ed. by D.J. Palmer, G. Bell & Sons, London, 1973.

⁽⁸⁾ Sobre el proceso de génesis de la *Odisea*: Prevelakis, P.: *El poeta y el poema de la Odisea*, Atenas, 1958. En castellano, Castillo Didier, M.: *El tiempo, la muerte y la palabra en la Odisea de Kazantzakis*, Santiago, 1975; e «Introducción a Kazantzakis N.», *Odisea*, Planeta, vol. IV *Obras Selectas*, Barcelona, 1975.

varios fragmentos en revistas atenienses. En 1927 estará terminada la primera versión y sólo en 1938 verá la luz el vasto poema, en su séptima redacción, de 33.333 versos, después de haber llegado a alcanzar los 42 mil.

El poeta cretense invierte el mito uliseano y, con Dante, hace partir de nuevo al héroe luego de su regreso a Itaca. Ulises vaga por tres continentes, para ir a morir a los hielos antárticos, en soledad total, después de buscar a Dios sin encontrarlo y de intentar conocer todos los caminos que el hombre ha obrado para hallar sentido a la existencia y al mundo.

La comparación del largo poema del escritor griego con la vasta novela del autor irlandés se impone como un tema que espera desarrollo. Estas dos obras constituyen las dos grandes recreaciones contemporáneas del tema homérico. Pero sus direcciones son totalmente opuestas. Bloom reproduce en un día determinado de comienzos de este siglo y en una ciudad, Dublín, el viaje del héroe de Homero; y vuelve al hogar-Itaca por la medianoche. El Ulises de Kazantzakis parte de Itaca para no regresar jamás. Si la obra de Joyce traza una línea paralela a la homérica, la del poeta cretense escribe una línea divergente. Como expresa Lasso de la Vega, «desde el ciclo homérico hasta el que nos preocupa, existe un abismo. Kazantzakis no sólo es un nuevo Homero. Es también un anti-Homero y un hiper-Homero. Descubrió un modo de existencia de Ulises más integral, más secreto, más verosímil que aquel que nosotros ya conocíamos; encontró vetas más profundas allí donde no había llegado nuestra mirada» (hasta aquí Lasso de la Vega) ⁽⁹⁾. Y con Alain Decaux, podemos decir que «la *Odisea* de Kazantzakis es un himno a la grandeza del hombre, a la frágil grandeza del hombre... El Ulises de Kazantzakis se mueve (al menos al comienzo) en los tiempos de Homero, pero siente, soporta y actúa en el tiempo del autor» ⁽¹⁰⁾.

Standford habla de las obras de Joyce y de Kazantzakis como de «dos magnas epopeyas, la una en prosa, la otra en verso». Otros las han denominado precisamente «antiepopeyas». Para el escritor griego, la calidad épica de su poema deriva de la esencia epopéyica de la lucha del hombre actual en medio del caos en que se ve inmerso, al tomar conciencia plena de su ser. La *Odisea* trata de contener, de atisbar, todos los caminos, todos los resquicios, a los que el ser humano puede dirigir la mirada de su espíritu para asignar un sentido a la existencia. Lo anterior explica la extensión desmesurada del poema; la acumulación de sueño, mitos, leyendas, costumbres, creencias, ritos, de diversos pueblos y épocas; el torrente de vivencias que se despeña a

⁽⁹⁾ Lasso de la Vega, J.: «En torno a Kazantzakis», en *De Sófocles a Brecht*, Planeta, Barcelona, 1971.

⁽¹⁰⁾ Decaux, Alain: «Preface à l' *Odysée*», trad. J. Moatti, Editions Richelieu, París, 1968.

lo largo de las rapsodias; el fluir interminable de motivos e imágenes de variados orígenes; la fuerza épica que lo recorre de un extremo a otro. Sin embargo, la vasta obra sólo repite, en una ampliación poética, los interrogantes y los mandatos del más breve escrito de Kazantzakis, la *Ascética*, opúsculo filosófico-poético publicado en 1923. El imperativo autoimpuesto de luchar por una gran idea, sin esperanzas, se expresa en ambos libros; lo que se ha llamado el nihilismo heroico del poeta cretense:

«¿Cuál es mi camino? La subida más ardua e interminable.
Y di: yo solo he de salvar la tierra entera.
¿Dónde vamos? ¿Alguna vez venceremos?
No preguntes. ¡Combate!
De tal modo hablaba Dios, así ordenaba...»

La *Odisea* dice su autor es un grito, un llamado al hombre. Y, como anota Colin Wilson, «existe algo nietzscheano en este grito: Levantaos sobre vuestra pequeña e insignificante vida y pensad en algo más grande. Ese grito promete lo heroico. Pero no promete nada más. No promete alguna gran visión dántica del universo, alguna magna síntesis hegeliana, en la cual todas las contradicciones visibles del mundo se concilien»⁽¹⁾

Den agapó ton ánthropo, agapó ti floga pu ton troï⁽¹²⁾

«No amo al hombre, amo la llama que lo devora», dice un verso de la *Odisea*; y otro expresa: «Salve, alma mía, que el errar siempre por patria poseíste». Ambos reflejan y resumen el espíritu de Ulises y de Kazantzakis. El itacense y el cretense admiran la llama que lleva el hombre a crear, a luchar, a combatir la inexorable efimericidad de su ser. Peregrinan, errantes por mares y caminos, por edades y experiencias; interrogan y se interrogan; viven intensamente; van, como Dante, en busca de Dios, pero no encuentran nunca al «Amor que mueve el sol y las demás estrellas», que el poeta halló.

Durante seis años tratamos de seguir al poeta y a su personaje, caminando por su senda y navegando por el riquísimo océano de la lengua griega, intentando trasvasar a nuestro idioma castellano el tesoro lingüístico que había acumulado Kazantzakis durante cuatro décadas de trabajo sobre el neogriego. La ruta del nuevo Ulises nos reservaba enormes dificultades, pero también incontables bellezas, de modo que la traducción venía a constituir,

⁽¹⁾ Wilson C. «La grandeza de Kazantzakis», trad. M. Ikonomu, *Nea Hestía*, XI, 1971.

⁽¹²⁾ Kazantzakis, N. *Odisea*, XXIII, pp. 884.

asimismo, una suerte de odisea. Para dar una idea de la riqueza de la lengua neohelénica, recordemos que Kazantzakis y el filólogo Kakridís hallaron en ella los equivalentes a todos los compuestos homéricos, cuando tradujeron la *Ilíada* y la *Odisea* ⁽¹³⁾.

Constantino Kavafis (1863-1933), el poeta de Alejandría, aquél a quien se considera el mayor lírico griego y que, paradójicamente, nació, vivió y murió fuera de Grecia, país al que casi no conoció, retoma el tema uliseano en dos poemas.

Uno pertenece al grupo de los llamados «inéditos», es decir, textos que nunca publicó en su sistema de hojas sueltas, pero que tampoco destruyó o desechó. Es de 1896, del mismo año en que escribió un ensayo sobre el tema «El final de Odiseo», ⁽¹⁴⁾ en el que examinaba la caracterización psíquica del personaje en Dante y Tennyson y traducía al griego pasajes de ambos poetas. Sin duda, el tema lo atraía y lo tuvo muy presente al escribir su poema. Este se titula *Segunda Odisea* y lleva precisamente como epígrafe los títulos de las obras o secciones de obras evocadas. La intertextualidad es aquí más obvia que en otros poemas kavafianos : «Dante, Infierno, Canto XXVI / Tennyson, Ulises».

Un examen del poema nos muestra que el autor sigue muy de cerca los textos aludidos, repitiendo casi literalmente algunas expresiones, destacando el motivo del tedio, de la estrechez asfixiante que llegan a tener para el héroe el hogar y su isla, antes tan anhelados, elemento éste que proviene principalmente de Tennyson. Realza, asimismo, obviamente, el motivo del afán de conocimientos y experiencias, presente tanto en el poeta italiano como en el inglés. Pero añade otros componentes, como el acento en el propósito de alejarse de todo mar griego y el hecho de que el corazón de Odiseo llega a estar vacío de amor. Sólo así puede triunfar en su espíritu el deseo de salir otra vez a peregrinar. En cierta medida, estos elementos del viejo poema kavafiano parecen preludiar otros que, casi medio siglo más tarde, aparecerán en la *Odisea* de Kazantzakis.

«Odisea segunda y grande, / mayor quizás que la primera. Pero ay sin Homero, sin hexámetros.

Era pequeña su casa paterna, / era pequeña su ciudad paterna,
y toda su Itaca era pequeña.
La ternura de Telémaco, la fe / de Penélope, la ancianidad del padre,
sus antiguos amigos, el amor / del abnegado pueblo,
el feliz reposo del hogar, / penetraron cual rayos de alegría
en el corazón del navegante.

⁽¹³⁾ Kakridís, J. Th.: «Crónica de una colaboración», *Nea Hestía*, Navidad, 1959.

⁽¹⁴⁾ «To telos tu Odiseos», presentado por Y.P. Savidis: *Pequeños estudios kavafianos*, II, Atenas, 1985.

Y cual rayos se apagaron. La sed / del mar se despertó dentro de él.
 Odiaba el aire de la tierra firme. / Su sueño turbaban por la noche
 los fantasmas de Hesperia. / Lo venció la nostalgia
 de los viajes, y de las llegadas / matinales a puertos donde,
 con qué alegría, entras por primera vez.

La ternura de Telémaco, la fe / de Penélope, la ancianidad del padre,
 sus antiguos amigos, el amor / del abnegado pueblo,
 y la paz y el reposo / de la casa lo aburrieron.

Y se marchó.

Cuando las costas de Itaca / se desvanecían poco a poco frente a él
 y navegaba hacia occidente a toda vela,
 hacia Iberia, hacia las Columnas de Hércules -
 lejos de todo mar aqueo-, / sintió que revivió, que
 arrojó las pesadas ataduras / de cosas conocidas y domésticas.

Y su corazón aventurero / se regocijaba fríamente, vacío de amor» ⁽¹⁵⁾

De este poema de 1896, pero conocido sólo desde hace unos ocho años, cuando se le «descubrió» y publicó, tomó Kavafis un motivo para su segundo texto uliseano: el de la alegría de entrar en mañanas estivales a puertos nunca vistos.

El segundo poema, conocido desde 1911, cuando fue publicado como hoja suelta, ha llegado a ser uno de los más difundidos del vate alejandrino. Se trata de Itaca, al que Margarita Yourcenar llamó «auténtico himno a la vida». Aquí no se ha invertido, como en Kazantzakis, el motivo central de la *Odisea* homérica, sino el tema del viaje mismo, de la peregrinación en busca de la patria. La travesía hacia la tierra deseada se transforma en verdadero objetivo y aquella, Itaca, ese elevado símbolo, deja de ser meta y deviene sólo un pretexto. El tono formal del poema es didáctico, exhortativo, como en otros textos kavafianos. Utilizando símbolos odiseanos, el poeta nos invita a la plenitud del vivir, al goce de los conocimientos, de las experiencias y de los sentidos. No hallarás en el camino los viejos monstruos y las amenazas que debió enfrentar Ulises, si mantienes elevado tu pensamiento. Debes ver la vida como un proceso ininterrumpido de enriquecimiento vital, de desarrollo espiritual. La figura del héroe antiguo, no nombrado en el poema, y su lejana y agitada peregrinación, son manejadas por el poeta y transformadas en un arquetipo para nosotros, hombres del siglo XX. A través de sus versos, la sombra de Odiseo viene hasta nosotros, con una invitación a la difícil pero hermosa plenitud vital.

⁽¹⁵⁾ Presentado por Y.P. Savidis, «Exi nea pífmata», Seis nuevos poemas inéditos, *Cuadernos del ELIA*, I, Atenas, 1986. Traducción castellana en Castillo Didier, M. *Kavafis íntegro*, II, 668.

«Cuando salgas en el viaje hacia Itaca / desea que el camino sea largo,
pleno de aventuras, pleno de conocimientos.
A los Lestrigones y a los Cíclopes, / al irritado Poseidón no temas;
tales cosas en tu ruta nunca hallarás,
si elevado se mantiene tu pensamiento, si una selecta
emoción tu espíritu y tu cuerpo embarga. / A los Lestrigones y a los Cíclopes
y al feroz Poseidón no encontrarás, / si dentro de tu alma no los llevas,
si tu alma no los yergue delante de ti.

Desea que el camino sea largo. / Que sean muchas las mañanas estivales
en que con cuánta dicha, con cuánta alegría
entres a puertos nunca vistos:/ detente en mercados fenicios,
y adquiere las bellas mercancías, / ámbares y ébanos, marfiles y corales,
y perfumes voluptuosos de toda clase,
cuanto más abundantes puedas perfumes voluptuosos;
anda a muchas ciudades egipcias
a aprender y aprender de los sabios.

Siempre en tu pensamiento ten a Itaca.
Llegar hasta allí es tu destino.
Pero no apures tu viaje en absoluto.
Mejor que muchos años dure:
y viejo ya ancles en la isla,
rico con cuanto ganaste en el camino,
sin esperar que riquezas te dé Itaca.

Itaca te dio el bello viaje.
Sin ella no hubieras salido al camino.
Otras cosas no tiene ya que darte.

Y si pobre la encuentras, Itaca no te ha engañado.
Sabio así como llegaste a ser, con experiencia tanta,
ya habrás comprendido las Itacas qué es lo que significan» ⁽¹⁶⁾.

Otros poetas griegos han vuelto su mirada al antiguo peregrino, contemplándolo desde distintas perspectivas.

León Kukulak (1894-1967) evoca la nostalgia de Ulises y sus compañeros por la larga travesía, que terminó, y el sentimiento de pesar por las negaciones que se autoimpusieron en aras de apresurar el retorno a la patria. No alcanzaron a

⁽¹⁶⁾ Texto griego y traducción, en Castillo Didier, M. *Kavafis íntegro*, I, 275.

saber qué pudieron haberles ofrecido las Sirenas; abandonaron desolada a la bella Calypso; perdieron para siempre la visión del espléndido país de Nausícaa y los feacios.

«Nos salvamos de los Cíclopes
y nuestro anhelo de llegar un día a Itaca
reavivó mil veces el rescoldo
de nuestra alma, que poco a poco se enfriaba.

Y ni las yerbas mágicas de Circe,
ni siquiera los filtros de las Sirenas,
que acaso nos guardaban nuevos goces,
pudieron cambiar nuestro propósito.

Por ese objetivo, aparecimos como injustos
e ingratos, a menudo, ante la bondad,
e impasibles dejamos, al partir,
en su desolación a Calipso sollozando.

Y nos negamos nuevas glorias y riquezas
y sin pena contemplamos cierto día
perderse para siempre entre la bruma gris
la espléndida visión de los feacios.

Y ahora que hemos retornado a Itaca,
cuando a menudo narramos lo pasado,
como más dulce sentimos su angustia
que la serenidad de nuestra vida muelle.

Y nuestro dolor se nos hace infinito,
como que nos castiga una amarga contrición,
pues ya no sopla el viento en nuestros aparejos,
y para siempre terminó la travesía» ⁽¹⁷⁾.

Lefteris Alexiu (1890-1964), cretense como Kazantzakis, quiso expresar en los breves límites de un soneto la opción de Odiseo por la condición humana, por el incierto destino de los mortales, su negativa a ser inmortal y compartir con Calypso el feliz ocio eterno. Titula su poema: *Así habló Ulises a Calipso cuando decidió abandonarla*:

⁽¹⁷⁾ Castillo Didier, M. *Poetas griegos del siglo XX*, 2a. ed., Monte Avila Edit., Caracas, 1991, pp. 95.

«Nieve semeja en el velado atarceder
tu cuerpo diáfano. Con ardor envolvente
igual que de reptil, el amor serpentino
cual brazo firme aprieta mi cintura.

El grillo que no calla de tu beso
y tu mirar me hicieron inmortal.
Nada veo ni escucho. Como abejas
el antiguo recuerdo me circunda.

Me llaman las gaviotas. Clama el ponto.
Tiembla la espuma en mis párpados húmedos,
y la inmortalidad me es servidumbre.

Dame otra vez el incierto destino;
que me lleva la libre fantasía
en un madero por la mar salada» ⁽¹⁸⁾.

Yorgos Sarandis ha tratado el anhelo de retorno desde un punto de vista especial: el regreso a la patria como una malhadada quimera, como una engañosa tentación de los dioses para castigar a Odiseo por sus faltas. El héroe, si retorna, arribaría finalmente a una asolada, a una desolada Itaca. Algunos de los que debieron vivir fuera de la patria y regresaron y otros que retornaron y volvieron a partir, pueden sentir acaso en este poema ecos de los problemas que plantea el anhelo imposible de regresar a la tierra natal durante años y la llegada, por fin, a un país convertido en una Itaca asolada.

«Puesto que fuiste el causante de la desaparición de Troya
no te extrañes de hallarte bajo persecución divina
combatiendo con dioses envidiosos y rudas esperanzas
no te extrañes / tú el más ingenioso entre los hombres.
La primera emboscada de los dioses es la nostalgia
es el juego insensato con tu alma
la malhadada quimera del regreso.

Pero qué esperas viajando en tu / oscura suerte
pero qué esperas huyendo entre los años

⁽¹⁸⁾ Ibid., 94.

qué esperas cuando te mata el lúgubre lamento de Troya
que te sigue / cuando estalla la ira de los dioses y te barre
cuando te doblega el tiempo delirante.

Desnudo llegarás a tu isla / -pero mejor que no llegaras-
ya que has perdido a todos tus compañeros
tu virtud en aventura sin sentido
ya que has perdido los más selectos años de tu vida.

Era la malhadada quimera del regreso que te enfermó la mente
el juego con tu alma de los dioses sin corazón
tú sin embargo -el más ingenioso de los hombres-
cómo no adiviniste / qué amargura / cuánto castigo
qué nuevas heridas traerá / el fin de tu inquieto camino
el vano regreso / tu triste arribar a la Itaca asolada» ⁽¹⁹⁾.

Yorgos Seferis (1900-1971) trae desde el fondo de los tiempos al viejo personaje, que habla la misma lengua que él —como lo hablaban tres mil años antes—, y lo rescata como un maestro que puede aún hoy darnos enseñanzas. En contraste con los versos atormentados de Sarandis, los de Seferis respiran serenidad, no sin tristeza. El poema se titula *Sobre un verso ajeno* y el autor reproduce en una nota las primeras palabras del primer verso del soneto de Du Bellay que ya hemos citado: «*Heureux qui comme Ulysse*»..., dichoso aquél que como Ulises.

Nacido en Esmirna en 1900, Seferis debió salir al exilio a los 14 años, y la lejanía de su tierra natal se trocó en perpetua en 1922, cuando la gran Catástrofe Microasiática lanzó a la muerte a decenas y decenas de miles griegos y al destierro sin retorno a más de un millón y medio de hombres, que habitaban desde siempre las costas del Mar Negro, la Capadocia y el Asia Menor. No es extraño que el poeta de la Jonia griega perdida se sienta «cercado por el destierro» y evoque a Odiseo y su vieja nostalgia por la patria y el hogar, al navegante que sabía del difícil dolor de sentir las velas del barco henchidas por el recuerdo. El poeta reflexiona: «dichoso aquél que hizo el viaje de Ulises, dichoso si partió con la armadura del amor, con la cual podrá vencer las penalidades.» Pero veamos cómo viene Odiseo a hablarle al poeta y a regalarle, con su antigua experiencia y su viejo dolor, el calmo mar azul, y con él la serenidad.

«Dichoso aquel que hizo el viaje de Odiseo,
dichoso si al partir, sintió potente la armadura del amor,
extendida en su cuerpo, como las venas en que bulle la sangre.
De un amor con ritmo indestructible, invencible como la música
y eterno

⁽¹⁹⁾ Ibid., 300.

porque nació cuando nacimos y cuando morimos, si muere, no lo sabemos ni nosotros ni otro alguno.

Suplico a Dios me asista para decir, en un instante de grande regocijo, cuál es este amor;

A veces estoy cercado por el destierro, y escucho su lejano rumor, como el eco del mar que se unió con el inexplicable huracán.

Y se presenta delante de mí, de nuevo y otra vez, el fantasma de Odiseo, con los ojos enrojecidos por la sal del agua y por el deseo maduro de ver el humo que brota de la tibieza de su casa y su perro que envejeció esperando en la puerta.

Alto se yergue, musitando entre sus barbas encanecidas, palabras de nuestra lengua, como la hablaban hace tres mil años.

Extiende la palma de una mano encallecida por las cuerdas y el timón, con una piel deteriorada por el bóreas seco por el calor ardiente y la nieve.

Diríase que quiere expulsar al Cíclope superhumano que ve con un ojo, a las Sirenas a quienes cuando las oyes olvidas, a Escila y a Caribdis de entre nosotros;

tantos monstruos complicados, que no nos dejan pensar que él también era un hombre que luchó en el mundo con el alma y con el cuerpo.

Es el gran Odiseo; aquél que dijo que se hiciera el caballo de madera y los aqueos ganaron Troya.

Me imagino que viene a aconsejarme cómo destruir también yo un caballo de madera para ganar mi propia Troya.

Porque habla humildemente y con serenidad, sin esfuerzo; diríase me conoce como un padre...

Me habla del difícil dolor de sentir las velas del barco henchirse por el recuerdo y tu alma volverse timón.

Y estar solo, oscuro, en medio de la noche y sin gobierno como la paja en la era.

De la amargura de ver a tus compañeros abatidos por los elementos, dispersados uno a uno.

Y de cuán extrañamente te reanimas hablando con los muertos, cuando no bastan ya los vivientes que te quedaron.

Está hablando... veo aún sus manos que sabían probar si estaba bien tallado el mascarón de proa.

regalarme el calmo mar azul en el corazón del invierno»⁽²⁰⁾.

⁽²⁰⁾ Castillo Didier, M. «Seferis, el poeta del país desaparecido», *Byzantion Nea Hellás* II, 1971, 114. Versión revisada en *Poetas griegos del siglo XX*, 197.

Todos estos textos, la *Odisea* de Homero, la de Kazantzakis, los poemas de Kukulas, de Sarandis, de Alexíu, de Seferis; el tema de Ulises en Petronio, en Dante, en Du Bellay, en Tennyson; todo esto era para nosotros poesía, literatura, algo bello, pero que pertenecía al ámbito de los libros. Un día, el tema y esos textos comenzaron a cobrar vida, a cobrar más vida de la que hasta entonces habíamos podido ver en ellos. El tema de Odiseo empezó a devenir vida. Un día —hecho nunca previsto, como otros acaecidos desde 1973— debimos salir de Chile. Nunca habíamos salido, ni siquiera hacia Grecia, a la que sólo conocíamos a través de sus poetas. Y entonces el tema del «nostos», del regreso a la patria, y del «al-gos», del dolor por el retorno, el tema de la nostalgia llegó a ser una vivencia dolorosa y angustiante. Se abrió para nosotros esa «técnica de conocimiento», dolorosa forma de conocimiento, de que habló Vintila Horia. Y fue lejos de Chile, en la fraterna tierra de Francisco de Miranda, en Venezuela, donde aprendimos a releer y a amar más la *Odisea* homérica. Y muchos otros textos cobraron más sentido o, quizás, todo su sentido. Releyendo, por ejemplo, *María* de Jorge Isaac, esa novela que don Ricardo Latcham nos enseñó a amar, cuán desgarradores encontrábamos ahora los cuatro versos de la cantinela de los esclavos, que ponen en labios de la vieja sirvienta muerta estas palabras:

«Muerdo sin ver tus montañas,
oh patria, donde mi cuna
se meció bajo los árboles
que no cubrirán mi tumba.»

En las riberas del magno Orinoco, donde muchos chilenos dejamos de cantar, comprendimos mejor las palabras del *Libro Santo*, los versos de los hebreos desterrados en Babilonia, y también el comentario musical de Bach a aquel poema, notas que habíamos tocado con unción, pero sin captar todo su dramatismo.

«Junto a los ríos de Babilonia,
allí nos sentábamos y aún llorábamos,
acordándonos de Sion.
Sobre los sauces colgábamos nuestras arpas.
Y los que nos habían llevado cautivos
nos pedían que cantásemos,
nos pedían alegría, diciéndonos:
Cantadnos algunos de los cánticos de Sion.
Mas ¿cómo entonaremos cantos
sobre suelo extranjero?»

Allá releímos el poema *Domingo triste* de Martí, sintiendo el doloroso patetismo de sus versos:

«Mis pedazos palpo: / ya no estoy vivo ni lo estaba / cuando el barco fatal levó las anclas / que me arrancaron de la tierra mía...» ⁽²¹⁾.

Allá aprendimos a conocer mejor a nuestro Andrés Bello. Contemplamos el camino desde donde, a los 29 años, un día de junio de 1810, dio una mirada a su Caracas natal, sin imaginar que sería la última y que su destino le reservaba morir medio siglo después en el lejano Santiago ⁽²²⁾. Y buscamos el árbol, el samán, a cuya sombra leyó y tradujo a Virgilio. Allá conocimos a ese hombre extraordinario que fue Francisco de Miranda, héroe de tres revoluciones libertarias, humanista a toda prueba, amante de Grecia, del idioma y de los libros griegos, cuya odisea de cuatro décadas dejó sus huellas en un archivo monumental. Navegamos por ese mar maravilloso, fuente inapreciable para la historia del Viejo y del Nuevo Mundo en la segunda mitad del siglo XVIII y comienzos del XIX, siguiendo a Miranda en su travesía increíble, durante la cual lo guiaba una Itaca: la libertad de Latinoamérica. De ese viajar por las viejas páginas que escribió o guardó el Precursor, héroe y mártir de la Independencia latinoamericana, con quien Chile tiene una deuda muy especial, surgieron varios libros y algunos estudios y ensayos ⁽²³⁾.

Como a Constantino Kavafis, la poesía griega nos ofreció su consuelo. Y también la poesía venezolana. Releímos con más emoción y más amor las *Silvas* de Andrés Bello, escritas allá en el frío Londres, lejos de la cálida tierra natal que no habría de ver más. Poesía venezolana y americana la de quien sería el cimentador de nuestra cultura.

Un día hallamos el poema *Vuelta a la patria* del romántico Juan Antonio Pérez Bonalde. Con qué emoción leímos estos versos, que casi literalmente habíamos de vivir poco después:

«Madre, aquí estoy; de mi destierro vengo

⁽²¹⁾ Martí, José: *Poesía Completa*, Edición crítica, Ed. Letras Cubanas, La Habana, 1985.

⁽²²⁾ Muchos años después de su partida de Caracas, escribiría Bello en el poema *El campo*: «Naturaleza da una madre sola / y da una sola patria... En vano, en vano / se adopta nueva tierra... / ¡Al campo, al campo! Allí la peregrina / planta, que floreciendo en el destierro, / suspira por su valle o su colina, / simpatiza conmigo; el río, el cerro / me engaña un breve instante... Ni, disipando el lisonjero hechizo, / oigo a nadie decir: ¡Advenedizo!».

⁽²³⁾ *Miranda y Grecia*, LAGOVEN, Caracas, 1986; *Miranda y la senda de Bello*, Ed. de la Presidencia, Caracas, 1990; «La biblioteca griega de Francisco de Miranda: una aproximación», sep. de *Byzantion Nea Hellas* 9-10, Santiago, 1990; «Miranda y la senda humanista de Bello», *Revista Chilena de Humanidades*, 13, 1992.

a darte con el alma el mudo abrazo
 que no te pude dar en tu agonía.
 Hoy vuelvo, fatigado peregrino,
 y sólo traigo que ofrecerte pueda
 esta flor amarilla del camino
 y este resto de llanto que me queda...»

Allá, cerca del gran río, comprendimos mejor, con el poeta Nicanor Parra, que hay un día feliz, del que no alcanzamos a tener plena conciencia. Y releíamos los versos de su poema, con la tristeza de saber que no sólo el viaje hacia la niñez era imposible —porque siempre es imposible, aunque algunos poetas, como Jorge Teiller traten bellamente de acercarnos a ella o acercárnosla—, sino porque a esa odisea humanamente imposible, se agregaba el no poder viajar hacia los espacios geográficos de la infancia. Nos quedaba caminar sólo en la imaginación y en el recuerdo, ayudados por la poesía:

«A recorrer me dediqué esta tarde
 las solitarias calles de mi aldea,
 acompañado por el buen crepúsculo
 que es el único amigo que me queda.
 Todo está como entonces, el otoño
 y su difusa lámpara de niebla;
 sólo que el tiempo lo ha invadido todo
 con su pálido manto de tristeza.»

Pero demasiado se ha extendido esta peregrinación por los caminos de Odiseo. Démosle término aquí, reiterando los agradecimientos iniciales a nuestros antiguos profesores y a los señores académicos, y «personalizando», si así pudiera decirse, nuestra gratitud por cuanto hemos recibido en nuestro camino, en los nombres de cuatro países: la Madre Patria España, que nos legó la lengua castellana; Grecia, que nos entregó belleza antigua y moderna, la vieja y la nueva *Odisea*; Venezuela, que, además de darnos su fraterna hospitalidad, nos acercó a los dos grandes peregrinos de la libertad y del saber, Andrés Bello y Francisco de Miranda; y Chile, que, en la niñez y juventud nos dio hogar, amor y sabios maestros, y que nos ha vuelto a abrir sus puertas.

Y a todos ustedes, muchas gracias.